

EL CUERPO DEL DELITO

Antología de relatos policíacos clásicos

Edición y traducción de
Juan Antonio Molina Foix

 Siruela

Libros del Tiempo

ÍNDICE

Prólogo, por JUAN ANTONIO MOLINA FOIX	9
Bibliografía	33

EL CUERPO DEL DELITO

Antología de relatos policíacos clásicos

NATHANIEL HAWTHORNE LA CATÁSTROFE DE MR. HIGGINBOTHAM	41
EDGAR ALLAN POE «TÚ ERES EL HOMBRE»	53
CHARLES DICKENS TRES ANÉCDOTAS DE DETECTIVES	67
WILKIE COLLINS CAZADOR CAZADO	77
MARK TWAIN EL ROBO DEL ELEFANTE BLANCO	105

OSCAR WILDE EL CRIMEN DE LORD ARTHUR SAVILE	127
ARTHUR CONAN DOYLE LA BANDA MOTEADA	161
BARONESA ORCZY ASESINATO EN REGENT'S PARK	187
JACK LONDON LA HISTORIA DEL HOMBRE LEOPARDO	201
MAURICE LEBLANC EL ARRESTO DE ARSÈNE LUPIN	205
JACQUES FUTRELLE EL PROBLEMA DE LA CELDA NÚMERO TRECE	219
RICHARD AUSTIN FREEMAN LA LENTEJUELA AZUL	255
G. K. CHESTERTON PASOS SOSPECHOSOS	273

ARTHUR CONAN DOYLE

LA BANDA MOTEADA¹

Echando un vistazo a mis notas sobre los más de setenta casos en los que pude estudiar los métodos de mi amigo Sherlock Holmes, he comprobado que muchos son trágicos, algunos cómicos y una gran cantidad simplemente extraños, pero ni uno solo vulgar; pues, como trabajaba más por amor a su arte que para adquirir riqueza, solo aceptaba implicarse en aquellas investigaciones con tendencia a lo insólito e incluso a lo fantástico. Sin embargo, entre todos estos casos tan variados, no recuerdo ninguno que presente características más singulares que el referente a la muy conocida familia de Surrey, los Roylott de Stoke Moran. Los incidentes en cuestión sucedieron en los comienzos de mi relación con Holmes, cuando, estando ambos solteros, compartíamos unas habitaciones en Baker Street. Posiblemente podría haberlos consignado por escrito antes de ahora, pero entonces prometí guardar silencio y hasta el mes pasado no quedé liberado de la promesa por el fallecimiento prematuro de la dama a la que di mi palabra. Quizás sea conveniente que los hechos hayan salido ahora a la luz, pues tengo motivos para afirmar que han corrido ciertos rumores acerca de la muerte del doctor Grimesby Roylott que tienden a convertir el asunto en algo todavía más terrible que la propia verdad.

Fue a principios de abril del año ochenta y tres. Al despertar

¹ Título original: «The Speckled Band». Publicado en la revista *The Strand Magazine* en febrero de 1892, con nueve ilustraciones de Sidney Paget. Incluido posteriormente en la colección de relatos *The Adventures of Sherlock Holmes* (George Newnes, Londres, 1892).

cierta mañana encontré junto a mi cama a Sherlock Holmes, completamente vestido. Por regla general solía levantarse tarde y, como vi en el reloj que había encima de la repisa de la chimenea que no eran más que las siete y cuarto, lo miré con los ojos entreabiertos, un poco sorprendido, y quizás también con algo de rencor, pues yo era un hombre de hábitos metódicos.

—Siento mucho haberlo despertado, Watson —me dijo—, pero es el destino de todos esta mañana. Mrs. Hudson se despertó y su respuesta fue despertarme a mí, y yo a usted.

—Pues ¿qué ocurre? ¿Hay fuego en la casa?

—No, es un cliente. Al parecer ha llegado una joven en un considerable estado de agitación, que insiste en verme. Ahora espera en la sala de estar. Pues bien, cuando una joven vaga por la metrópoli a estas horas de la mañana, despertando y sacando de la cama a la gente que duerme, presumo que se trata de algo muy urgente que tiene que comunicar. Si resultase ser un caso interesante, estoy seguro de que a usted le gustaría seguirlo desde el principio. De todos modos creí que debía despertarlo y darle una oportunidad.

—Mi querido amigo, no me lo perdería por nada del mundo.

No había nada que me gustara tanto como seguir a Holmes en sus investigaciones profesionales y admirar las deducciones, tan rápidas que parecían intuiciones a pesar de estar siempre basadas en fundamentos lógicos, con que desenmarañaba los problemas que le proponían. Me vestí rápidamente, y a los pocos minutos estaba dispuesto a acompañar a mi amigo a la sala de estar, en la planta baja. Una joven vestida de negro y cubierta con un tupido velo, que estaba sentada junto a la ventana, se levantó al entrar nosotros.

—Buenos días, señora —dijo Holmes, animado—. Me llamo Sherlock Holmes. Este caballero es mi íntimo amigo y socio, el doctor Watson, ante el cual puede usted hablar con igual libertad que ante mí. Ajá, me alegra comprobar que Mrs. Hudson ha tenido el buen tino de encender el fuego. Le ruego que se acerque a la chimenea y pediré que le traigan una taza de café bien caliente, pues observo que está usted temblando.

—No es el frío lo que me hace temblar —dijo la mujer en voz baja, cambiando de sitio como le había pedido Holmes.

—¿Qué es, entonces?

—El miedo, Mr. Holmes. El pánico.

Mientras hablaba se levantó el velo y pudimos ver que, en efecto, se hallaba en un lamentable estado de nerviosismo, con el rostro demacrado y ceniciento, y los ojos inquietos y asustados, como los de un

animal acosado. Su semblante y su figura correspondían a los de una mujer de treinta años, pero sus cabellos habían encanecido prematuramente y parecía cansada y ojerosa. Sherlock Holmes le echó un vistazo con una de esas miradas tuyas tan penetrantes y exhaustivas.

—No debe tener usted miedo —dijo con voz tranquilizadora, inclinándose hacia delante y dándole palmaditas en el antebrazo—. Sin duda alguna pronto arreglaremos las cosas. Veo que ha llegado usted esta mañana en tren, ¿no es cierto?

—¿Acaso me conoce usted?

—No, pero observo que conserva el billete de vuelta en la palma de su guante izquierdo. Ha debido de salir usted muy temprano, y para llegar a la estación tuvo que hacer un largo trayecto en *dog-cart*² por carreteras difíciles.

La joven se sobresaltó bastante y se quedó mirando fijamente a mi compañero con perplejidad.

—No hay misterio alguno en esas observaciones mías, mi querida señora —le dijo Holmes, sonriendo—. La manga izquierda de su chaqueta está salpicada de barro por lo menos en siete lugares distintos y las manchas son muy recientes. No hay ningún vehículo, salvo el *dog-cart*, que levante barro de esa manera, y eso únicamente cuando va uno sentado a la izquierda del conductor.

—Sean cuales fueren sus motivos para decir eso, tiene usted toda la razón —dijo ella—. Salí de casa antes de las seis, llegué a Leatherhead a las seis y veinte, y cogí el primer tren para Waterloo. Señor, no puedo soportar más esta tensión, si continúa me volveré loca. No tengo nadie a quien recurrir..., nadie, salvo una persona que se preocupa por mí, pero la pobrecita no puede serme de mucha ayuda. He oído hablar de usted, Mr. Holmes; he oído hablar de usted a Mrs. Farintosh, a quien usted ayudó en un momento de acuciante necesidad. Fue ella quien me dio su dirección. ¿No cree usted, señor, que podría ayudarme a mí también, y arrojar alguna luz en la densa oscuridad que me rodea? En estos momentos no me es posible recompensarlo por sus servicios, pero dentro de uno o dos meses estaré casada y dispondré de mis propios ingresos, y entonces podrá comprobar al menos que no soy desagradecida.

Holmes se dirigió a su escritorio y, tras abrirlo, sacó un pequeño registro de sus casos y lo consultó.

² Coche ligero y descubierto de dos ruedas tirado por un solo caballo, con dos asientos unidos por el respaldo y, debajo de ellos, espacio para perros, de donde le viene el nombre.

—Farintosh —dijo—. ¡Ah, sí!, ya recuerdo el caso; se trataba de una tiara de ópalos. Creo, Watson, que fue antes de conocerlo a usted. Señora, lo único que puedo decirle es que tendré mucho gusto en dedicar a su caso la misma atención que le dediqué al de su amiga. En cuanto a la paga, sepa usted que mi profesión constituye mi única recompensa; pero está usted autorizada a costear los gastos en que yo incurra cuando mejor le convenga. Y ahora le ruego que nos exponga todo cuanto pueda ayudarnos a formar una opinión sobre el asunto.

—¡Ay de mí! —respondió nuestra visitante—. Lo verdaderamente horrible de mi situación radica en el hecho de que mis temores son tan vagos, y mis sospechas están exclusivamente basadas en detalles tan nimios, los cuales podrían parecer triviales a otros, que incluso la única persona a quien tengo derecho a pedir ayuda y consejo considera todo lo que le conté como extravíos de una mujer nerviosa. Aunque no me lo diga, lo adivino en sus respuestas tranquilizadoras y en sus miradas huidizas. Pero me han dicho, Mr. Holmes, que usted es capaz de penetrar en la multiforme maldad del corazón humano. Usted podría aconsejarme cómo esquivar los peligros que me rodean.

—Señora, la escucho con la mayor atención.

—Me llamo Helen Stoner y vivo con mi padrastro, que es el último superviviente de una de las antiguas familias sajonas de Inglaterra, los Royslott de Stoke Moran, en el límite occidental de Surrey.

Holmes asintió con la cabeza.

—El apellido me es familiar —dijo.

—Esa familia fue en tiempos una de las más ricas de Inglaterra y sus dominios se extendían hasta Berkshire por el norte y Hampshire por el oeste. Sin embargo, en el último siglo hubo cuatro herederos sucesivos que llevaron una vida disoluta y despilfarradora, y finalmente, en los tiempos de la Regencia³, un jugador completó la ruina de la familia. No quedó nada salvo unos cuantos acres de tierra y la casa, construida hace doscientos años, que estaba gravada con una cuantiosa hipoteca. El último *squire* llevó allí la penosa y horrible existencia de un aristócrata pobre; pero su único hijo, mi padrastro, comprendiendo que debía adaptarse a las nuevas circunstancias, consiguió un adelanto de un pariente, lo que le permitió

³ Periodo que va de 1811 a 1820, durante el cual el futuro Jorge IV (entonces príncipe de Gales) desempeñó el papel de regente durante la prolongada inhabilitación de su padre Jorge III, aquejado de porfiria.

costearse la carrera de Medicina, y se fue a Calcuta, donde, gracias a su habilidad profesional y su entereza de carácter, se hizo con una numerosa clientela. Sin embargo, en un arrebato de ira, a causa de unos robos perpetrados en su casa, mató a palos a su mayordomo nativo y faltó muy poco para que lo condenaran a muerte. Aun así, tuvo que cumplir una larga condena de cárcel y más tarde regresó a Inglaterra convertido en un hombre taciturno y desengañado.

»Durante su estancia en la India se casó con mi madre, Mrs. Stoner, viuda del general de división Stoner, de la compañía de Artillería de Bengala. Mi hermana Julia y yo somos gemelas y teníamos solo dos años cuando mi madre se volvió a casar. Nuestra madre disponía de una cuantiosa suma de dinero, no inferior a mil libras al año, que legó al doctor Roylott mientras viviésemos con él, a condición de que nos dotase a cada una con una determinada cantidad anual en caso de que nos casáramos. Poco después de nuestro regreso a Inglaterra falleció mi madre..., murió hace ocho años en un accidente de tren cerca de Crewe. El doctor Roylott renunció, pues, a su intención de establecer una consulta en Londres, y nos llevó a vivir con él a su casa solariega de Stoke Moran. El dinero que había dejado mi madre bastaba para cubrir todas nuestras necesidades, y no parecía existir obstáculo alguno a nuestra felicidad.

»Pero, más o menos por aquella época, se produjo un tremendo cambio en mi padrastro. En vez de hacer nuevas amistades e intercambiar visitas con nuestros vecinos, que al principio no cabían en sí de contento al ver regresar a un Roylott a Stoke Moran, sede de su vieja familia, se encerró en su casa y salía muy pocas veces, salvo para enzarzarse en violentas riñas con cualquiera que se cruzase en su camino. La disposición a la violencia, rayana en la manía, ha sido hereditaria en los varones de la familia, y en el caso de mi padrastro se había acentuado, creo, debido a su larga estancia en los trópicos. Participó en una serie de vergonzosas reyertas, dos de las cuales terminaron en el tribunal correccional, hasta llegar a convertirse finalmente en el terror del pueblo: la gente huía cuando él se acercaba, ya que es un hombre de una fuerza tremenda y completamente incontrolable cuando lo acomete un arrebato de ira.

»La semana pasada tiró al herrero del pueblo al río, por encima del pretil, y solo logré evitar un escándalo público pagándole todo el dinero que pude reunir. No tenía amigos, a excepción de los gitanos nómadas, y dio permiso a estos vagabundos para que acamparan en los pocos acres de tierras cubiertas de zarzas que constituyen la finca familiar, aceptando a cambio la hospitalidad de sus tiendas de

campana, y a veces incluso se iba con ellos durante semanas enteras. Le encantan también los animales de la India que le envía un agente de negocios suyo, y en estos momentos tiene un guepardo y un babuino, que se pasean libremente por sus tierras y a quienes los aldeanos temen casi tanto como a su dueño.

»Ya puede usted figurarse por lo que le cuento que la vida de mi pobre hermana Julia y la mía no tenían nada de agradable. Nadie quería servir en nuestra casa y durante mucho tiempo nosotras mismas tuvimos que ocuparnos de las tareas domésticas. Cuando murió mi hermana no tenía más que treinta años, pero sus cabellos ya habían empezado a encanecer, al igual que los míos.

—¿Entonces, ha muerto su hermana?

—Murió hace exactamente dos años y precisamente es de su muerte de lo que quiero hablarle. Ya comprenderá usted que, llevando el género de vida que le he descrito, era poco probable que llegásemos a tratar a alguna persona de nuestra misma edad y posición social. Sin embargo, teníamos una tía, hermana soltera de mi madre, Miss Honoria Westphail, que vive cerca de Harrow, y cuya casa nos permitían visitar de vez en cuando. Hace dos años Julia fue allí a pasar las Navidades y conoció a un comandante de infantería de Marina retirado con el que llegó a comprometerse. Cuando regresó mi hermana, mi padrastro se enteró del compromiso y no puso objeciones al matrimonio; pero quince días antes del día señalado para la boda ocurrió el terrible suceso que me privó de mi única compañera.

Sherlock Holmes había permanecido recostado en su butaca con los ojos cerrados y la cabeza hundida en un almohadón, pero al escuchar esto entreabrió los párpados y lanzó una mirada a su visitante.

—Le ruego que sea más precisa en cuanto a los detalles.

—Me será fácil, ya que todos los sucesos de aquella espantosa noche han quedado profundamente impresos en mi memoria. Como ya le he dicho, la casa solariega es muy vieja y actualmente solo se encuentra habitada una de sus alas. Los dormitorios de esta ala están en la planta baja, y las salas de estar en el bloque central del edificio. De esos dormitorios, el primero es el del doctor Roylott, el segundo el de mi hermana y el tercero el mío. No se comunican entre sí, pero las puertas de los tres dan al mismo pasillo. ¿Me explico con claridad?

—Perfectamente.

—Las ventanas de las tres habitaciones dan al césped. Aquella

noche fatal el doctor Roylott se había ido a su habitación muy temprano, aunque nosotras sabíamos que no se había retirado a descansar, ya que a mi hermana le molestaba el olor de los fuertes cigarros indios que él solía fumar. Por consiguiente, mi hermana se marchó de su habitación y vino a la mía, donde estuvimos un buen rato charlando acerca de su próxima boda. A las once se levantó para marcharse, pero al llegar a la puerta se detuvo y miró hacia atrás.

»—Dime, Helen —me dijo—, ¿nunca has oído en la quietud de la noche como si alguien silbase?

»—Jamás —me dijo ella.

»—Supongo que no serás tú misma la que silbas mientras duermes, ¿verdad?

»—Desde luego que no. Pero ¿por qué lo preguntas?

»—Porque durante las últimas noches, a eso de las tres de la mañana, he oído con toda claridad un débil silbido. Como tengo el sueño muy ligero, me desperté enseguida. No sé de dónde venía..., tal vez de la habitación de al lado, o del césped. Se me ocurrió de pronto preguntarte si tú lo habías oído.

»—Pues no, no he oído nada. Deben de ser esos malditos gitanos que acampan en la finca.

»—Es muy posible. Y sin embargo, si procedía del césped, me extraña que tú no lo oyeras también.

»—Es que yo duermo más profundamente que tú.

»—Bueno, de todos modos no tiene la menor importancia —me contestó sonriente, cerró la puerta y unos instantes después la oí girar la llave en la cerradura.

—¿De verdad? —dijo Holmes—. ¿Tenían la costumbre de cerrar la puerta con llave todas las noches?

—Siempre.

—¿Y por qué?

—Creo haberle mencionado ya que el doctor tenía un guepardo y un babuino. No nos sentíamos seguras a menos que las puertas estuvieran cerradas con llave.

—Ya veo. Por favor, prosiga con su exposición de los hechos.

—Aquella noche no pude dormir. Tenía la vaga sensación de que se cernía sobre nosotras alguna desgracia. Como recordará, mi hermana y yo somos gemelas, y ya sabe usted lo sutiles que son los vínculos que unen a dos almas tan estrechamente relacionadas. Era una noche tormentosa. El viento aullaba en el exterior y la lluvia golpeaba contra las ventanas. De pronto, en medio del barullo de la tempestad, oí el grito desesperado de una mujer aterrorizada y

reconocí la voz de mi hermana. Salté de la cama, me envolví en un chal y salí precipitadamente al pasillo. Al abrir la puerta de mi alcoba me pareció oír un silbido semejante al que mi hermana había descrito, y unos instantes después un sonido estruendoso, como si se hubiese caído al suelo un objeto metálico. Mientras corría por el pasillo se abrió la puerta de la habitación de mi hermana y giró lentamente sobre sus goznes. La miré horrorizada, sin saber qué era lo que estaba a punto de salir de ella. Gracias a la luz de la lámpara del pasillo, vi aparecer en el hueco a mi hermana, con el rostro lívido de espanto, las manos tanteando en busca de ayuda y todo su cuerpo tambaleándose como el de un borracho. Corrí hacia ella y le eché los brazos al cuello, pero en aquel mismo instante sus rodillas parecieron ceder y se cayó al suelo. Se retorció como si estuviera sufriendo atrocemente y sus miembros se convulsionaron de manera espantosa. Al principio creí que no me había reconocido pero, al inclinarme sobre ella, de pronto gritó con una voz que no podré olvidar nunca: «¡Oh, Dios mío! ¡Helen! ¡Fue la banda! ¡La banda moteada!». Quiso decir algo más y señaló con el dedo en dirección a la alcoba del doctor, pero una nueva convulsión se apoderó de ella y la privó del habla. Salí corriendo al pasillo, llamé a mi padrastro a voz en grito y tropecé con él cuando salía precipitadamente de su habitación envuelto en su batín. Cuando llegó al lado de mi hermana, ella estaba inconsciente, y aunque vertió coñac en su garganta y mandó a alguien a pedir ayuda al médico de la aldea, todos los esfuerzos resultaron inútiles, pues poco a poco se fue apagando y murió sin haber recobrado el conocimiento. Tal fue el terrible final de mi querida hermana.

—Un momento —dijo Holmes—; ¿está usted segura de haber oído ese silbido y ese ruido metálico? ¿Podría jurarlo?

—Eso fue lo que me preguntó el juez de instrucción del condado durante la investigación. Estoy convencida de haberlo oído pero, entre el estrépito de la tormenta y los crujidos de una casa antigua como esa, es posible que me haya equivocado.

—¿Estaba vestida su hermana?

—No, llevaba puesto el camisón. En su mano derecha se le encontró la cabeza chamuscada de una cerilla, y en la izquierda una caja de cerillas.

—Eso prueba que había encendido una vela y había mirado a su alrededor cuando dio el grito de alarma. Eso es importante. ¿Y a qué conclusiones llegó el juez de instrucción?

—Investigó el caso con mucho cuidado, pues la conducta del

doctor Roylott era bien conocida en el condado desde hacía tiempo, pero no pudo descubrir ninguna causa que explicase la muerte de manera satisfactoria. Mi testimonio demostraba que la puerta había sido cerrada por dentro, y que las ventanas estaban bloqueadas con anticuados postigos, que se aseguraban todas las noches con grandes barras de hierro. Se escudriñaron con mucho cuidado las paredes, comprobándose que todas eran totalmente macizas, y también se examinó a fondo el suelo, con idéntico resultado. La chimenea es ancha, pero sus barrotes estaban atrancados con cuatro grandes cerraderos. Por lo tanto, es indudable que mi hermana estaba completamente sola cuando encontró su fin. Además, su cuerpo no presentaba señales de violencia.

—¿No pensaron en algún veneno?

—Los médicos la reconocieron buscando el veneno, pero sin éxito.

—¿De qué cree usted, pues, que murió la desdichada joven?

—Estoy convencida de que murió de puro miedo y de un ataque de nervios, aunque no logro imaginar qué fue lo que la asustó.

—¿Había gitanos en la finca en aquel momento?

—Sí, casi siempre hay alguno.

—Bueno, ¿y qué dedujo usted de su alusión a una banda..., una banda moteada?

—Unas veces pensé que aquellas palabras fueron solo desatinos del delirio, otras que pudiera referirse a alguna banda o grupo de personas, quizás esos mismos gitanos de la finca. Acaso los pañuelos de lunares que muchos de ellos llevan en la cabeza le sugirieron el extraño adjetivo que utilizó.

Holmes negó con la cabeza, como si estuviera muy lejos de conformarse con aquella explicación.

—Estamos con el agua al cuello —dijo—. Siga con su narración, se lo ruego.

—Han pasado dos años desde entonces y hasta hace muy poco mi vida ha sido más solitaria que nunca. Hará un mes, sin embargo, un querido amigo, al que conozco desde hace muchos años, me hizo el honor de pedir mi mano. Se llama Armitage..., Percy Armitage..., y es el segundo hijo de Mr. Armitage, de Crane Water, cerca de Reading. Mi padrastro no mostró ninguna disconformidad con la boda y nos casaremos en el transcurso de la primavera. Hace dos días se iniciaron algunas reparaciones en el ala oeste del edificio y han perforado la pared de mi alcoba, de modo que tuve que trasladarme a la habitación en la que murió mi hermana y dormir en la misma

cama en la que ella durmió. Imagínese, pues, mi escalofrío de terror cuando la pasada noche, estando desvelada pensando en su terrible destino, oí de pronto en el silencio de la noche el suave silbido que anunció su propia muerte. Me levanté de un salto y encendí la lámpara, pero no vi nada en la habitación. Sin embargo, estaba demasiado desconcertada para volver a acostarme, de modo que me vestí y en cuanto amaneció tomé un *dog-cart* en la Posada de la Corona, que está enfrente, y me fui a Leatherhead, de donde he venido esta mañana, con el único propósito de verlo y pedirle consejo.

—Ha hecho usted muy bien —dijo mi amigo—. Pero ¿me lo ha dicho todo?

—Sí, todo.

—Eso no es cierto, Miss Stoner. Está usted protegiendo a su padraastro.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

Por toda respuesta, Holmes echó hacia atrás el puño de encaje negro que orlaba la mano que nuestra visitante apoyaba en la rodilla, dejando al descubierto sobre su blanca muñeca cinco manchitas lívidas, que parecían ser las huellas dejadas por otros tantos dedos.

—A usted la han tratado cruelmente —dijo Holmes.

La joven enrojeció profundamente y cubrió su muñeca lastimada.

—Es un hombre duro y tal vez no se dé cuenta de su propia fuerza.

Hubo un largo silencio, durante el cual Holmes, con la barbilla apoyada en las manos, miró fijamente el fuego que chisporroteaba en la chimenea.

—Este asunto está muy poco claro —dijo al fin—. Hay mil detalles que desearía conocer antes de decidir qué camino tomar. Sin embargo no podemos perder ni un solo instante. Si fuéramos hoy mismo a Stoke Moran, ¿podríamos visitar esas habitaciones sin que se entere su padraastro?

—Da la casualidad que hoy habló de venir a la ciudad para un asunto de la mayor importancia. Es probable que esté fuera todo el día y por tanto nada podrá molestarnos. Ahora tenemos un ama de llaves, pero es vieja y estúpida, y me será muy fácil quitarla de en medio.

—Excelente. Watson, ¿tiene algún inconveniente en hacer este viaje?

—Ni mucho menos.

—Entonces iremos los dos. ¿Qué va a hacer usted, Miss Stoner?

—Aprovechando que estoy en Londres me gustaría hacer un par de cosas. Pero regresaré en el tren de las doce para estar allí cuando ustedes lleguen.

—Puede usted contar con que estaremos allí a primera hora de la tarde. Yo también tengo que atender un pequeño negocio. ¿No quiere usted esperar y quedarse a desayunar?

—No, debo irme. Me siento más aliviada desde que le he confiado mis problemas. Espero verlo de nuevo esta tarde.

Se cubrió el rostro con su tupido velo negro y salió sigilosamente de la habitación.

—¿Qué piensa usted de todo esto, Watson? —preguntó Sherlock Holmes, reclinándose en su butaca.

—Me parece un asunto de lo más misterioso y siniestro.

—Bastante misterioso y siniestro.

—Pero si la joven tiene razón al decir que las paredes y el suelo son sólidos, y que la puerta, la ventana y la chimenea son infranqueables, entonces es indudable que su hermana estaba sola cuando halló su misteriosa muerte.

—¿Qué pasa, entonces, con esos silbidos nocturnos y con las extrañas palabras de la moribunda?

—No sé.

—Si usted combina los silbidos en la noche, la presencia de una banda de gitanos que tiene relaciones íntimas con el viejo doctor, el hecho de que tenemos motivos fundados para creer que el doctor está interesado en impedir el matrimonio de su hijastra, la alusión de la moribunda a una banda y, por último, el hecho de que Miss Helen Stoner oyó un ruido metálico, que pudiera haber sido causado por una de aquellas barras de metal con que se aseguran los postigos al volver a caer en su sitio, creo que existen buenas razones para pensar que el misterio puede aclararse siguiendo estas pautas.

—Pero entonces ¿qué hacían los gitanos?

—Me cuesta imaginarlo.

—Veo muchos inconvenientes a semejante teoría.

—A mí me ocurre lo mismo. Precisamente por ese motivo vamos a ir hoy a Stoke Moran. Quiero comprobar si las objeciones son inevitables o si pueden explicarse. Pero ¿qué demonios sucede?

La exclamación de mi compañero le fue arrancada por la repentina apertura de la puerta y la aparición de una gigantesca figura recortada en el marco. Su indumentaria era una peculiar mezcla del profesional y el agricultor: llevaba un sombrero de copa negro, una larga levita y un par de polainas altas, y blandía una fusta de cazador.

Era tan alto que su sombrero rozaba verdaderamente el montante de la puerta, y la anchura de su cuerpo parecía abarcarla de lado a lado. Su cara grande, surcada por un millar de arrugas, quemada por el sol hasta volverse amarilla, y con huellas de toda clase de malélicas pasiones, se volvía alternativamente hacia nosotros dos, mientras que sus ojos hundidos y malhumorados y la nariz muy delgada y descarnada le daban cierto parecido con una feroz ave de presa.

—¿Cuál de ustedes dos es Holmes? —preguntó aquella aparición.

—Ese es mi nombre, señor; pero usted juega con ventaja, pues yo ignoro el suyo —dijo mi compañero en voz baja.

—Soy el doctor Grimesby Roylott, de Stoke Moran.

—Muy bien, doctor —dijo Holmes, amablemente—. Tome asiento, por favor.

—No pienso hacer tal cosa. Mi hijastra ha estado aquí. La he seguido. ¿Qué le ha contado a usted?

—Hace un poco de frío para la época en que estamos —dijo Holmes.

—¿Qué le ha contado a usted? —gritó el viejo, furioso.

—Pero he oído decir que este año la cosecha de azafrán promete ser muy buena —prosiguió mi compañero, imperturbable.

—¡Ah! Intenta desconcertarme, ¿verdad? —dijo nuestro nuevo visitante, dando un paso adelante y agitando su fusta de cazador—. ¡Ya sé quién es usted, canalla! He oído hablar de usted antes de ahora. Usted es Holmes, el entrometido.

Mi amigo sonrió.

—¡Holmes, el metomentodo!

Mi amigo continuó sonriendo.

—¡Holmes, el pretencioso funcionario de poca monta de Scotland Yard!

Holmes se rio con ganas.

—Su conversación es de lo más divertida —dijo—. Cuando salga, cierre la puerta, pues estamos en plena corriente.

—Me iré cuando haya dicho lo que tengo que decir. No se atreva usted a entrometerse en mis asuntos. Sé que Miss Stoner ha estado aquí..., ¡la seguí! ¡Soy hombre peligroso para vérselas conmigo! Mire.

Rápidamente dio un paso adelante, cogió el atizador y lo dobló completamente con sus enormes manos morenas.

—Procure que no lo agarre entre mis manos —gruñó y, arrojando al hogar el torcido atizador, salió de la habitación dando grandes zancadas.

—Parece una persona muy amable —dijo Holmes, riéndose—. Yo no soy tan corpulento, pero si se hubiese quedado podría haberle demostrado que mis puños valen tanto como los suyos.

Mientras hablaba, recogió el atizador de acero y, haciendo un repentino esfuerzo, volvió a enderezarlo.

—¡Cómo se le ocurre tener la insolencia de confundirme con un policía! Sin embargo, este incidente presta mayor encanto a nuestra investigación, y solo espero que nuestra amiguita no sufra las consecuencias de su imprudencia al permitir que este bruto la siguiera. Y ahora, Watson, encargaremos el desayuno, y después iré dando un paseo hasta Doctor's Commons⁴, donde espero conseguir algunos datos que pueden ayudarnos en este asunto.

Era cerca de la una cuando Sherlock Holmes regresó de su excursión. En la mano traía una hoja de papel azul, cubierta de garabatos con notas y cifras.

—He visto el testamento de la difunta esposa —dijo—. Para determinar su valor exacto me he visto obligado a calcular los precios actuales de los valores a que se refiere. El importe total, que en el momento del fallecimiento de la esposa ascendía a casi mil cien libras, ahora, debido a la caída de los precios agrícolas, no supera las setecientas cincuenta libras. En caso de matrimonio, cada hija tiene derecho a reclamar una renta de doscientas cincuenta libras. Es evidente, por tanto, que si las dos se hubiesen casado, esta considerable suma habría quedado reducida a una simple miseria, e incluso casándose una sola, el hombre quedaría seriamente quebrantado. Mi trabajo esta mañana no ha sido inútil, puesto que he comprobado que el doctor Roylott tiene poderosos motivos para oponerse a tales matrimonios. Pues bien, Watson, este caso es demasiado serio para que malgastemos el tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que el viejo está al corriente de que nos interesamos por sus asuntos, de modo que, si está usted dispuesto, llamaremos a un coche de alquiler que nos lleve a Waterloo. Le agradecería mucho

⁴ Así solían llamar al College of Advocates and Doctors in Law [Colegio de abogados y doctores en leyes], situado en Queen Victoria Street, cerca de Blackfriars. Ese edificio, cuyo nombre se deriva del refectorio [*common*] que utilizaban los doctores en leyes, fue demolido en 1867, y sus funciones de concesión de licencias matrimoniales y registro de testamentos fueron traspasadas a otros organismos. Holmes tendría que haberse dirigido a la Wills Office [Oficina de testamentos] sita en el Strand, en el edificio llamado Somerset House.

que metiese su revólver en el bolsillo. Un Eley's n° 2 es un excelente argumento contra caballeros capaces de retorcer atizadores de acero haciéndoles un nudo. Eso y un cepillo de dientes es, creo yo, cuanto necesitamos llevar.

En Waterloo tuvimos la suerte de coger el tren para Leatherhead, y al llegar alquilamos un cabriolé en la posada de la estación, que nos llevó unas cuatro o cinco millas a través de los preciosos caminos rurales de Surrey. Era un día perfecto, brillaba el sol y solo había unas pocas nubes aborregadas en el cielo. En los árboles y en los setos al borde del camino acababan de brotar los primeros retoños verdes, y en el aire flotaba el agradable aroma de la tierra húmeda. Qué extraño contraste, para mí al menos, entre la dulce promesa de la primavera y esta siniestra búsqueda que nos ocupaba. Mi compañero iba sentado en la parte delantera del cabriolé, con los brazos cruzados, el sombrero encasquetado hasta los ojos y la barbilla hundida en el pecho, absorto en los pensamientos más profundos. Sin embargo, de pronto se sobresaltó, me dio un golpecito en el hombro y señaló con el dedo más allá de los prados.

—¡Mire usted allí!

Un parque con bastante arbolado se extendía en suave pendiente, hasta convertirse en un bosquecillo en su punto más alto. De entre las ramas sobresalían los hastiales grises y la cumbre de una vieja mansión.

—¿Stoke Moran? —preguntó Holmes.

—Sí, señor —contestó el cochero—, es la casa del doctor Grimmesby Roylott.

—En aquella dirección se ven algunos edificios —dijo Holmes—: ahí es a donde vamos.

—Es la aldea —dijo el cochero, señalando a un grupo de tejados a cierta distancia hacia la izquierda—; pero si ustedes quieren llegar a la casa, les resultará más corto si pasan por encima de la escalera de la cerca y siguen después por el sendero que atraviesa los campos. Allí es donde pasea la señora.

—Me imagino que se referirá usted a Miss Stoner —observó Holmes, protegiéndose los ojos del sol—. Sí, creo que es mejor que hagamos lo que usted sugiere.

Nos apeamos, pagamos la tarifa y el cabriolé se puso a traquetear de nuevo de vuelta a Leatherhead.

—He preferido —dijo Holmes, mientras saltábamos la cerca— hacerle creer al cochero que éramos arquitectos, o que veníamos por algún asunto concreto. Eso quizás impida que se vaya de la len-

gua. Buenas tardes, Miss Stoner. Ya ve usted que hemos cumplido con nuestra palabra.

Nuestra cliente de la mañana se había adelantado rápidamente para salir a nuestro encuentro con una cara que expresaba su alegría.

—Les he estado esperando con impaciencia —exclamó, estrechándonos calurosamente las manos—. Ha salido todo estupidamente. El doctor Roylott se fue a la ciudad y es poco probable que regrese antes de que anochezca.

—Hemos tenido el placer de conocer al doctor —dijo Holmes, y en pocas palabras le explicó lo que había ocurrido.

Mientras Miss Stoner lo escuchaba, hasta sus labios palidieron.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Entonces es que me ha seguido.

—Eso parece.

—Es tan astuto que nunca sé cuándo estoy a salvo de él. ¿Qué dirá cuando regrese?

—Deberá usted estar en guardia, pues es posible que alguien más astuto que él le siga la pista. Deberá usted encerrarse con llave esta noche. Si él se muestra violento, la llevaremos a casa de su tía en Harrow. Ahora debemos aprovechar bien el tiempo, de modo que llévenos inmediatamente a las habitaciones que tenemos que examinar.

El edificio era de piedra gris, cubierta de musgo, y se componía de un elevado pabellón central y dos alas en curva, como las pinzas de un cangrejo, a cada lado. En una de estas alas las ventanas estaban rotas y las habían tapiado con tablas de madera, mientras que el techo, medio hundido, completaba la ruinosa imagen. El pabellón central se hallaba en mejor estado de conservación, pero el bloque a mano derecha era relativamente moderno y las persianas de las ventanas, así como el humo azulado que ascendía en espirales de las chimeneas, indicaban que era allí donde habitaba la familia. Al final del muro habían montado unos andamios y la sillería estaba rota en varios sitios, pero en el momento de nuestra visita no se veía ningún obrero. Holmes recorrió con parsimonia el descuidado césped de un lado a otro y examinó con profunda atención la parte de fuera de las ventanas.

—Aquella ventana debe de pertenecer a la habitación en que usted solía dormir, la del centro debe de ser la que ocupaba su hermana y la más próxima al edificio principal la del doctor Roylott, ¿no es cierto?

—Así es. Pero ahora duermo en la del medio.

—Solo durante las reformas, según tengo entendido. A propósito, no parece que hubiera ninguna necesidad urgente de reparaciones en el extremo del muro.

—Claro que no la había. Creo que fue una excusa para trasladarme a otra habitación.

—¡Vaya!, eso da que pensar. Ahora bien, al otro lado de esa ala estrecha se extiende el pasillo al que dan las puertas de esas tres habitaciones. Tendrá ventanas, por supuesto.

—Sí, pero muy pequeñas. Demasiado estrechas para que nadie pueda pasar por ellas.

—Como ustedes dos por la noche cerraban con llave las puertas de sus habitaciones, estas eran inaccesibles por aquel lado. Pues bien, ¿tendría usted la amabilidad de entrar en su alcoba y atrancar los postigos?

Así lo hizo Miss Stoner, y Holmes, después de examinar cuidadosamente la ventana abierta, intentó por todos los medios posibles forzar el postigo, pero sin éxito. No había ni una sola rendija por donde pudiera pasar un cuchillo para levantar la tranca. Luego comprobó con su lupa los goznes, pero eran de hierro macizo y estaban sólidamente empotrados en la mampostería.

—¡Hummm...! —dijo, rascándose la barbilla y algo perplejo—, indudablemente mi teoría presenta algunas dificultades. Nadie podría pasar por aquí con los postigos echados. En fin, veamos si el interior arroja alguna luz sobre el asunto.

Una pequeña puerta lateral conducía al encalado pasillo al que daban los tres dormitorios. Holmes rehusó examinar el tercer aposento, de modo que pasamos inmediatamente al segundo, en el que ahora dormía Miss Stoner, y en donde su hermana había muerto. Era un cuartito sencillo, de techo bajo y una chimenea abierta, a la manera de las viejas casas de campo. En una esquina había una cómoda marrón, en la otra una cama estrecha con una colcha blanca, y a mano izquierda de la ventana un tocador. Esos objetos y dos sillitas de mimbre constituían el único mobiliario de la habitación, salvo una alfombra Wilton cuadrada en el centro. El entablado del suelo y el revestimiento de madera de las paredes era de roble marrón carcomido, tan viejo y descolorido que tal vez datase de la época en que se construyó el edificio. Holmes arrastró una de las butacas hasta un rincón y se sentó sin decir palabra, dejando vagar la mirada en derredor, arriba y abajo, fijándose en todos los detalles del cuarto.

—¿Con qué comunica esta campanilla? —preguntó al fin, seña-

lando un grueso cordón de campanilla que colgaba junto al lecho, cuya borla descansaba sobre la almohada.

—Llega hasta la habitación del ama de llaves.

—Parece más nueva que el resto de las cosas.

—Sí, la pusieron hace solo un par de años.

—Supongo que fue su hermana la que la pidió.

—No, jamás oí que la usara. Estábamos acostumbradas a conseguir por nosotras mismas todo lo que necesitábamos.

—A decir verdad, parece innecesario poner allí un tirador tan bonito. Discúlpeme unos minutos mientras examino el suelo.

Se tendió boca abajo con la lupa en la mano y gateó velozmente hacia delante y hacia atrás, examinando minuciosamente las grietas entre las tablas. Luego hizo lo mismo con el revestimiento de madera que cubría las paredes del cuarto. Finalmente se acercó a la cama y pasó algún tiempo observándola fijamente y recorriendo la pared de arriba abajo con la mirada. Por último cogió con la mano el cordón de campanilla y le dio un rápido y enérgico tirón.

—¡Caramba!, es falsa —dijo.

—¿No suena?

—No, ni siquiera está unida a un alambre. Esto es muy interesante. Ahora fíjese en que está sujeta a un gancho, precisamente encima del pequeño ventilador.

—¡Qué absurdo! Nunca había reparado en ello.

—¡Es muy extraño! —murmuró Holmes, tirando del cordón—. En esta habitación hay una o dos cosas muy raras. Por ejemplo, ¡qué tonto debió de ser el contratista para poner un ventilador que da a otra habitación, cuando le habría costado lo mismo que se comunicara con el exterior!

—Es bastante reciente también —dijo la joven.

—Lo pusieron al mismo tiempo que el cordón, ¿no es cierto? —comentó Holmes.

—Sí, por aquel entonces se llevaron a cabo varios pequeños cambios.

—Parece que fueron de lo más interesantes: cordón de campanilla falso y orificios de ventilación que no ventilan. Con su permiso, Miss Stoner, llevaremos ahora nuestras investigaciones al cuarto interior.

La alcoba del doctor Grimesby Royle era más grande que la de su hijastra, pero estaba amueblada con idéntica sencillez. Un catre de campaña, un pequeño estante de madera lleno de libros, la mayor parte de índole científica, un sillón junto a la cama, una simple

silla de madera arrimada a la pared, una mesa redonda y una gran caja de caudales de hierro, eran las cosas más importantes con que tropezaba la vista. Holmes dio una vuelta por la habitación a paso lento y examinó todos y cada uno de aquellos objetos con el más vivo interés.

—¿Qué hay aquí dentro? —preguntó, propinando un golpecito a la caja de caudales.

—Los documentos profesionales de mi padrastro.

—Ah, entonces es que ha mirado en el interior.

—Solo una vez, hace muchos años. Recuerdo que estaba lleno de papeles.

—¿No habrá por casualidad un gato ahí dentro?

—No. ¡Vaya una ocurrencia más extraña!

—¡Caramba, fíjese en esto!

Holmes cogió un platillo de leche que había encima de la caja de caudales.

—Pues no; no tenemos ningún gato. Pero sí un guepardo y un babuino.

—¡Sí, claro! El caso es que el guepardo se trata precisamente de un gato grande, pero me parece que con un platillo de leche no tendrá suficiente para satisfacer sus necesidades. Hay una cuestión que me gustaría determinar.

Se agachó delante de la silla de madera y examinó su asiento con la mayor atención.

—Gracias. Esto está completamente resuelto —dijo, levantándose y metiendo la lupa en el bolsillo—. ¡Pero bueno! ¡Aquí hay algo interesante!

El objeto que le había llamado la atención era una pequeña tralla de perro que colgaba en una esquina de la cama. La tralla, sin embargo, estaba enrollada y terminaba en un nudo corredizo.

—¿Qué piensa usted de esto, Watson?

—Es una tralla bastante corriente. Pero no sé por qué tiene ese nudo corredizo.

—Es bastante poco corriente, ¿no es cierto? ¡Ay de mí!, vivimos en un mundo perverso y lo peor de todo es cuando un hombre inteligente pone su talento al servicio del crimen. Creo que ya he descubierto suficiente, Miss Stoner, y con su permiso saldremos al césped.

Nunca había visto a mi amigo con una expresión tan adusta y un semblante tan sombrío como cuando nos alejamos del escenario de su investigación. Habíamos recorrido varias veces el césped de un

lado a otro sin que, ni Miss Stoner ni yo mismo, nos atreviéramos a interrumpir los pensamientos de Holmes hasta que él mismo volviera de su ensueño.

—Miss Stoner, es esencial —dijo— que siga mis consejos al pie de la letra.

—Así lo haré, desde luego.

—El asunto es demasiado serio para que usted vacile lo más mínimo. Su vida puede depender de que se amolde a ellos.

—Le aseguro que estoy en sus manos.

—En primer lugar, mi amigo y yo debemos pasar la noche en su habitación.

Tanto Miss Stoner como yo lo miramos con asombro.

—Sí, es preciso. Permítame que me explique. Creo que aquella es la posada del pueblo, ¿no es cierto?

—Sí, la Posada de la Corona.

—Muy bien. Desde allí son visibles sus ventanas, ¿verdad?

—Desde luego.

—Cuando regrese su padraastro debe usted recluirse en su habitación, pretextando una jaqueca. Luego, en cuanto lo oiga retirarse por la noche, debe usted abrir los postigos de su ventana, descorrer el cerrojo, poner una lámpara para que nos sirva de señal y luego se trasladará con todo lo que pueda necesitar a la habitación que solía ocupar antes. Sin duda alguna, a pesar de las reparaciones, podrá usted arreglárselas por una noche.

—Ya lo creo, sin el menor problema.

—El resto déjelo en nuestras manos.

—Pero ¿qué harán?

—Pasaremos la noche en su habitación e investigaremos la causa de ese ruido que la perturbó.

—Creo, Mr. Holmes, que usted ya tiene formada una opinión —dijo Miss Stoner, poniendo una mano en la manga de mi compañero.

—Puede que sí.

—Pues entonces, por amor de Dios, dígame cuál fue la causa de la muerte de mi hermana.

—Antes de hablar preferiría tener pruebas más evidentes.

—Por lo menos podrá usted decirme si lo que yo pienso es cierto, y si murió de un susto repentino.

—Me parece que no. Creo que probablemente hubo un motivo más tangible. Y ahora, Miss Stoner, debemos irnos, pues si regresase el doctor Roylott y nos viera, habríamos hecho el viaje en vano.

Adiós y sea valiente, pues si hace lo que le he dicho, puede tener la seguridad de que pronto ahuyentaremos los peligros que la amenazan.

Sherlock Holmes y yo no tuvimos ninguna dificultad en reservar un dormitorio y una sala de estar en la Posada de la Corona. Estaban situados en la primera planta y desde nuestra ventana dominábamos perfectamente la verja de entrada y el ala habitada de la casa solariega Stoke Moran. Al anochecer vimos pasar en coche al doctor Roylott; su enorme cuerpo destacaba al lado de la pequeña figura del joven cochero. El muchacho tuvo alguna dificultad para abrir la pesada verja de hierro, y oímos el ronco bramido de la voz del doctor, y observamos que lo amenazaba con los puños cerrados, hecho una furia. El carruaje siguió su camino y pocos minutos más tarde reparamos de repente en una luz entre los árboles, al encenderse una lámpara en una de las salas de estar.

—¿Sabe usted, Watson —dijo Holmes, sentado a mi lado, mientras a nuestro alrededor la oscuridad iba en aumento— que tengo verdaderos escrúpulos en cuanto a llevarlo conmigo? La expedición no estará exenta de peligros.

—¿Puedo ayudarlo?

—Su presencia puede ser inapreciable.

—Pues entonces iré con mucho gusto.

—Es muy amable de su parte.

—Me habla usted de peligros. Por supuesto ha descubierto usted en esas habitaciones algo que a mí me ha pasado inadvertido.

—No es eso, pero me figuro que he deducido algo más que usted. Imagino que usted vio todo lo que yo vi.

—No advertí nada de extraordinario salvo el cordón de la campañilla, y confieso que no puedo imaginar para qué sirve.

—También vio usted el ventilador, ¿no es cierto?

—Sí, pero no creo que sea tan insólito el que haya una pequeña abertura entre dos habitaciones. Es tan pequeña que difícilmente podría pasar por ella una rata.

—Antes de que llegásemos a Stoke Moran ya sabía yo que encontraríamos un ventilador.

—¡Mi querido Holmes!

—Pues sí, lo sabía. Usted recordará que Miss Stoner nos dijo en su declaración que su hermana olió el aroma del cigarro del doctor Roylott. Pues bien, eso sugiere desde luego que debía de haber alguna comunicación entre ambas habitaciones. La cual tenía que ser muy pequeña, o de lo contrario la habrían descubierto

durante la investigación del juez de instrucción. Deduje que se trataba de un ventilador.

—¿Y qué mal puede haber en ello?

—Verá usted, existe por lo menos una curiosa coincidencia de fechas. Se abre un ventilador del que pende un cordón y una joven que duerme en la cama que hay debajo, muere. ¿No lo sorprende eso?

—Hasta ahora no veo ninguna relación entre ambas cosas.

—¿No observó usted algo muy raro con respecto a la cama?

—No.

—Estaba sujeta al suelo. ¿Vio usted alguna vez una cama sujeta de ese modo?

—No puedo decir que la haya visto.

—Por lo tanto, la joven no podía cambiar de sitio la cama. Esta debía permanecer siempre en la misma posición con respecto al ventilador y la cuerda..., pues podemos llamarla así, ya que está claro que nunca estuvo destinada a hacer de tirador.

—Holmes —grité—, creo adivinar vagamente adónde quiere ir usted a parar. Estamos a tiempo de impedir un crimen insidioso y horrible.

—Bastante insidioso y bastante horrible. Cuando un médico se descarría, resulta ser el mayor de los criminales, ya que tiene coraje y conocimiento. Palmer y Pritchard⁵ estaban considerados como los más destacados miembros de su profesión. Este hombre llega todavía más lejos, pero creo, Watson, que nosotros podremos llegar más lejos todavía que él. Antes de que se acabe la noche, contemplemos bastantes horrores: por Dios, fumemos tranquilamente una pipa y pensemos por unas horas en algo más alegre.

A eso de las nueve se extinguió la luz que brillaba entre los árboles y los alrededores de Stoke Moran se quedaron completamente a

⁵ Dos famosos envenenadores de la Inglaterra victoriana, ambos miembros en activo del Royal College of Surgeons. William Palmer (1824-1856), considerado el Desrues británico, estudió en el St. Bartholomew's Hospital y se estableció como médico en 1847. Para poder pagar sus enormes deudas se dedicó a envenenar sucesivamente con estricnina, sustancia entonces muy difícil de detectar, a su suegra, su corredor de apuestas, su esposa y su propio hermano y, por último, su socio John Parsons Cook, delito por el que fue descubierto, siendo ahorcado en la prisión de Stafford el 14 de junio de 1856. El escocés Edward William Pritchard (1825-1865) se doctoró en Medicina en Alemania y ejerció la profesión en Edimburgo. Acusado de envenenar a su esposa y a su suegra, fue ahorcado en Glasgow en julio de 1865.

oscuras. Pasaron dos horas y de repente, justo al dar el reloj las once, vimos frente a nosotros una luz brillante.

—Es la señal —dijo Holmes, levantándose de un salto—; procede de la ventana del centro.

Cuando salíamos de la posada, mi amigo intercambió algunas palabras con el dueño, explicándole que íbamos a hacer una visita de última hora a un conocido nuestro y que era posible que pasáramos allí la noche. Un momento después estábamos ya en la oscura carretera, un viento frío azotaba nuestros rostros y una luz amarillenta centelleaba frente a nosotros a través de la penumbra para guiarnos en nuestra sombría misión.

Nos resultó muy fácil entrar en los jardines, ya que en la vieja tapia del parque había muchas brechas sin reparar. Abriéndonos paso entre los árboles, llegamos al césped, lo atravesamos y, cuando estábamos a punto de entrar por la ventana, salió disparado de una mata de laurel lo que parecía ser un niño repugnante y deforme, que se tiró a la hierba contorsionando todos sus miembros y luego echó a correr por el césped hasta desaparecer en la oscuridad.

—¡Dios mío! —susurré—, ¿vio usted eso?

Al principio Holmes se asustó tanto como yo. Presa del nerviosismo, su mano se cerró sobre mi muñeca como un torno. Luego se echó a reír y me dijo al oído:

—Vaya familia tan simpática. Es el babuino.

Me había olvidado de los extraños animales domésticos adoptados por el doctor. Tenía también un guepardo; puede que en cualquier momento nos lo encontrásemos sobre nuestras espaldas. Confieso que me sentí más tranquilo cuando, después de seguir el ejemplo de Holmes y quitarme los zapatos, me vi dentro del dormitorio. Mi compañero cerró los postigos sin hacer ruido, puso la lámpara sobre la mesa y echó un vistazo al cuarto. Todo estaba como lo habíamos visto durante el día. Luego, acercándose sigilosamente a mí y haciendo bocina con la mano, me susurró de nuevo al oído con tal delicadeza que solo pude distinguir las siguientes palabras:

—El más leve ruido sería fatal para nuestros planes.

Asentí con la cabeza para demostrar que lo había oído.

—Debemos apagar la luz, pues él podría verla a través del ventilador.

Volví a asentir con la cabeza.

—No se duerma; puede que su vida dependa de ello. Tenga preparada su pistola por si la necesitamos. Yo me sentaré al lado de la cama, y usted en aquella silla.

Saqué mi revólver y lo puse en una esquina de la mesa.

Holmes había traído un bastón largo y fino y lo colocó sobre la cama, junto a él. A su lado dejó la caja de cerillas y un cabo de vela. Luego apagó la lámpara y nos quedamos a oscuras.

¿Cómo podré olvidar aquella espantosa vigilia? No se oía el menor ruido, ni siquiera el murmullo de una respiración y, sin embargo, yo sabía que mi compañero permanecía con los ojos abiertos, a escasos pasos de mí, en el mismo estado de tensión nerviosa en que yo me encontraba. Los postigos no dejaban pasar el menor rayo de luz y aguardamos completamente a oscuras. De vez en cuando nos llegaba desde el exterior el grito de alguna ave nocturna, y en cierta ocasión, en nuestra misma ventana, una especie de prolongado aullido felino que nos indicaba que el guepardo andaba suelto. A lo lejos escuchamos las graves campanadas del reloj parroquial, que sonaban cada cuarto de hora. ¡Qué largos parecían aquellos cuartos! Dieron las doce, la una, las dos, las tres, y permanecemos en silencio a la espera de lo que pudiera acontecer.

De pronto vimos el momentáneo destello de una luz arriba en el ventilador, que inmediatamente desapareció para dejar paso a un fuerte olor a aceite quemado y a metal recalentado. Alguien había encendido una linterna sorda en la habitación de al lado. Oí un ligero ruido de algo que se movía y a continuación volvió a reinar el silencio, aunque el olor era cada vez más fuerte. Durante una media hora permanecí aguzando el oído. Súbitamente se oyó otro sonido... muy suave, relajante, como si un pequeño chorro de vapor se escapase constantemente de un hervidor. En cuanto lo oímos, Holmes saltó de la cama, encendió una cerilla y con su bastón la emprendió a golpes con el tirador.

—¿Lo ve, Watson? —gritó—. ¿Lo ve?

Pero yo no vi nada. Cuando Holmes encendió la luz escuché un débil silbido, pero el repentino deslumbramiento de mis fatigados ojos me impidió distinguir qué era con exactitud lo que mi amigo golpeaba tan ferozmente. Sin embargo, pude ver que su rostro mostraba una palidez cadavérica y una expresión de angustia y repugnancia.

Cuando ya había dejado de golpear y miraba al ventilador, de pronto rompió el silencio de la noche el grito más horroroso que he oído en toda mi vida. Su intensidad fue en aumento hasta convertirse en un espantoso chillido ronco, una mezcla de dolor, miedo y rabia. Cuentan que lejos, en la aldea, e incluso en la distante recitoría, aquel grito sacó de la cama a los que dormían. A nosotros nos

heló el corazón y nos quedamos mirándonos el uno al otro hasta que sus últimos ecos se desvanecieron en el silencio del que surgieron.

—¿Qué significa eso? —dije con voz entrecortada.

—Significa que todo ha concluido —respondió Holmes—. Y puede, después de todo, que eso sea lo mejor. Coja su pistola que vamos a entrar en la habitación del doctor Roylott.

Encendió la lámpara con semblante serio y salió al pasillo. Llamó dos veces a la puerta del aposento, sin obtener respuesta del interior. Luego dio la vuelta al picaporte y entró, seguido muy de cerca por mí con la pistola amartillada en la mano.

Fue una extraña visión lo que nuestros ojos avistaron. Una linterna sorda colocada sobre la mesa, con la pantalla a medio correr, proyectaba un brillante rayo de luz sobre la caja de caudales de hierro, cuya puerta estaba entornada. Junto a esa mesa, sentado en la silla de madera, estaba el doctor Grimesby Roylott, vestido con un largo batín gris, del que sobresalían por debajo sus desnudos tobillos y sus pies enfundados en unas babuchas turcas de color rojo sin tacón. Sobre las rodillas tenía el mango corto con la tralla larga que habíamos visto durante el día. Su barbilla apuntaba hacia arriba y sus ojos miraban fijamente a una esquina del techo con espantosa rigidez. Alrededor de la frente llevaba una extraña banda amarilla, con motas parduscas, que parecía cernir de un modo muy ajustado su cabeza. Al entrar nosotros no hizo ruido alguno ni se movió.

—¡La banda! ¡La banda moteada! —susurró Holmes.

Di un paso adelante: al momento su extraño tocado empezó a moverse y de entre su cabello se alzó la cabeza achatada y en forma de diamante y el pescuezo hinchado de una repugnante serpiente.

—¡Es una víbora de los pantanos! —exclamó Holmes—, la serpiente más mortífera de la India. Roylott ha muerto diez segundos después de ser mordido. La violencia, en verdad, recae sobre el violento, y el intrigante cae en la fosa que cavó para otro. Hagamos retroceder a este animal hasta su madriguera y entonces podremos trasladar a Miss Stoner a algún lugar seguro y comunicar a la policía del condado lo que ha sucedido.

Mientras hablaba, cogió rápidamente el látigo para perros del regazo del muerto y, arrojando el lazo alrededor del pescuezo del reptil, lo sacó de su horrorosa percha y, manteniéndolo a distancia, lo tiró al interior de la caja de caudales de hierro, que cerró inmediatamente.

Así fue en realidad como murió el doctor Grimesby Roylott de Stoke Moran. Me parece innecesario prolongar un relato ya de por

sí demasiado largo, explicando cómo dimos la triste noticia a la aterrorizada muchacha, cómo la llevamos a Harrow a la mañana siguiente en el primer tren y la dejamos al cuidado de su bondadosa tía, cómo la parsimoniosa investigación oficial llegó a la conclusión de que el doctor encontró la muerte mientras jugaba imprudentemente con su peligrosa mascota. Lo poco que aún me quedaba por saber del caso me lo contó Sherlock Holmes al día siguiente, durante nuestro viaje de regreso.

—Confieso —me dijo— que había llegado a una conclusión completamente errónea, lo que demuestra, mi querido Watson, lo peligroso que es siempre razonar sin tener suficientes datos. La presencia de los gitanos y la palabra «banda» que utilizó la pobre chica, sin duda para explicar lo que había vislumbrado fugazmente a la luz de la cerilla, bastaron para ponerme sobre una pista totalmente equivocada. El único mérito que puedo reclamar es que de inmediato reconsideré mi postura en cuanto comprendí que el peligro que amenazaba a la ocupante de la habitación no podía entrar por la ventana ni tampoco por la puerta. Enseguida me llamaron la atención, como ya le comenté, el ventilador y el tirador que pendía junto a la cama. El descubrimiento de que se trataba de un falso tirador y de que la cama estaba atornillada al suelo suscitó inmediatamente mi sospecha de que la cuerda serviría en realidad para que pudiera descender por ella y llegar hasta el lecho algo que pasaría por el agujero. De inmediato pensé en una serpiente, y cuando la asocié con el hecho, ya conocido por mí, de que el doctor tenía todo un surtido de animales de la India, tuve el presentimiento de que probablemente estaba en el buen camino. La idea de utilizar un veneno que ningún análisis químico pudiera detectar era lógico que se le ocurriera a un hombre inteligente y despiadado, que había sido educado en Oriente. La rapidez con que actuaba tal veneno era también una ventaja, desde su punto de vista. Muy perspicaz tenía que ser, en verdad, el juez de instrucción capaz de distinguir las dos pequeñas perforaciones oscuras que indicaban el lugar en donde los colmillos envenenados habían hecho su trabajo. Luego pensé en el silbido. Desde luego, tenía que hacer volver a la serpiente antes de que la víctima pudiera verla a plena luz. La habría entrenado, probablemente sirviéndose de la leche que vimos, para regresar cuando él la llamase. La haría pasar por el ventilador a la hora que juzgase más oportuna, con la certeza de que reptaría por la cuerda hacia abajo y se posaría encima de la cama. Puede que mordiera a la ocupante, o puede que no, tal vez ella podría librarse todas las noches durante una semana, pero tarde o temprano sucumbiría.

»Había llegado a esas conclusiones antes de entrar en la habitación del doctor. Al examinar la silla advertí que aquel hombre tenía la costumbre de ponerse de pie encima de ella, lo cual, claro está, sería imprescindible para poder llegar hasta el ventilador. La visión de la caja de caudales, el platillo de leche y el lazo de la tralla, bastaron finalmente para disipar cualquier duda que aún pudiera quedar. El ruido metálico que escuchó Miss Stoner lo produjo obviamente su padraastro al cerrar apresuradamente la puerta de su caja de caudales, tras meter dentro a su terrible ocupante. Una vez que me decidí por esa hipótesis, ya conoce usted los pasos que di para ponerla a prueba. Oí el silbido del animal, como sin duda alguna usted también lo oyó, e inmediatamente encendí la luz y lo ataqué.

—Dando lugar con ello a que el animal se metiera por el ventilador.

—Y también que se volviera contra su amo, que estaba al otro lado. Algunos golpes de mi bastón lo alcanzaron y lo enfurecieron de tal manera, que saltó, como suelen hacer esa clase de animales, sobre la primera persona que vio. Sin duda alguna, hasta cierto punto soy responsable indirecto de la muerte del doctor Grimesby Roylott, pero puedo decir que no creo probable que eso vaya a pesar sobre mi conciencia.